

ESTIRPE DE REYES

Traducción:
Victoria Horrillo Ledesma



RAYMOND E. FEIST

Este libro está dedicado
con amor a mi esposa,
Kathlyn Starbuck,
que hace que todo tenga sentido.

Agradecimientos

Como de costumbre, estoy en deuda con el talento de otros, que me permitió acabar un proyecto como *ESTIRPE DE REYES*. Por ello quisiera dar las gracias públicamente a las siguientes personas:

April Abrams, por darme lo que tenía de Kesh y dejar que lo maleara hasta dejarlo irreconocible.

Pat LoBrutto, mi editora, por aguantar una locura tras otra.

Janny Wurts, por dejar que resolviera un problema antes de plantearme otro, y por cuidar tan bien de nuestro caballo.

Stephen Abrams y Jon Everson, por idear todo este embrollo en un principio.

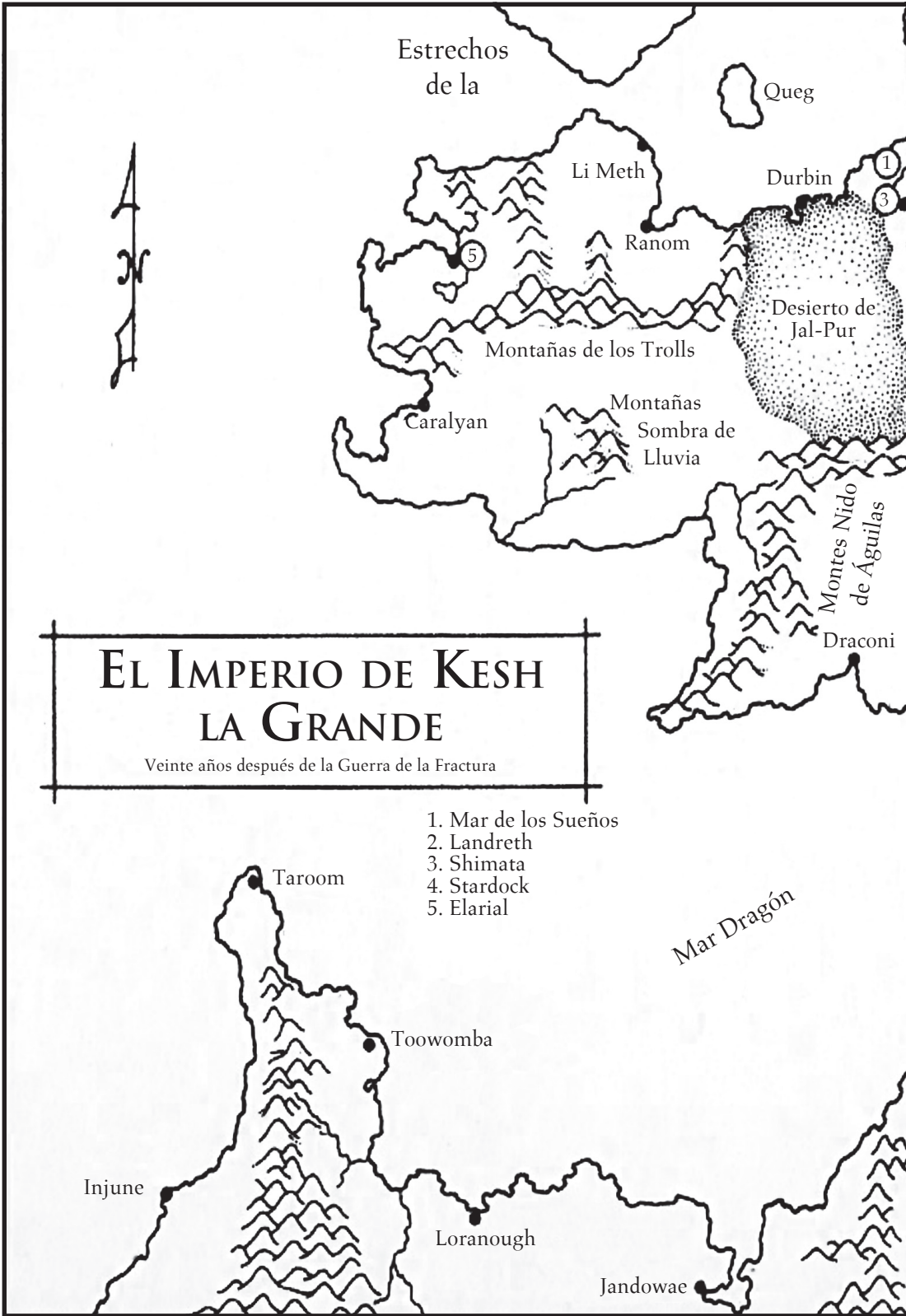
A los otros «padres y madres» de Midkemia, por dejar que volviera a jugar en su mundo.

Peter Schneider, por excederse, «como de costumbre», en el cumplimiento de su deber.

A la buena gente de Bantam Doubleday Dell, que tanto se esfuerza para que las cosas funcionen.

Johathan Matson, mi agente y amigo, por marcarme el norte cuando lo necesitaba y por dejarme ir a ciegas cuando me era preciso.

Y, sobre todo, a Kathy, mi mujer, a la que se menciona en otra parte de esta obra, por hacer que todo marche a mi alrededor. Sin la buena voluntad y el cariño de todos ellos, nada de esto sería posible.



Estrechos de la

Queg

Li Meth

Durbin

Ranom

Montañas de los Trolls

Desierto de Jal-Pur

Caralyan

Montañas Sombra de Lluvia

Montes Nido de Águilas

Draconi

EL IMPERIO DE KESH LA GRANDE

Veinte años después de la Guerra de la Fractura

- 1. Mar de los Sueños
- 2. Landreth
- 3. Shimata
- 4. Stardock
- 5. Elarial

Taroom

Toowomba

Mar Dragón

Injune

Loranough

Jandowae





1

REGRESO A CASA



La hostería estaba en calma.

Las paredes ennegrecidas por el hollín de la chimenea, acumulado durante años, absorbían la luz del farol y reflejaban tenuemente la luz. El fuego mortecino del hogar procuraba escaso calor y, a juzgar por la conducta de quienes se sentaban ante él, menos alegría aún. A diferencia del ambiente reinante en la mayoría de los establecimientos de su estilo, aquella hostería era casi sombría. En lóbregos rincones los hombres hablaban en susurros de cosas que no convenía oír a los extraños. Un gruñido de asentimiento a una proposición murmurada o la risa amarga de una mujer de negociable virtud eran los únicos sonidos que perturbaban el silencio. La mayoría de los parroquianos de la posada del Estibador Dormido observaba atentamente la partida.

Se jugaba al *pokiir*, un juego muy común en el imperio meridional de Kesh la Grande y que poco a poco iba reemplazando al *lin-lan* y al *pashawa* en las preferencias de los jugadores de las hosterías y tabernas de la Región Occidental del reino. Uno de los jugadores sostenía cinco cartas ante sí, los ojos entornados por la concentración. Soldado de permiso, estaba atento a cualquier señal de altercado, y era evidente que uno se acercaba. El soldado simulaba estudiar sus cartas mientras inspeccionaba discretamente a los cinco hombres que, sentados a la mesa, jugaban con él.

Los dos primeros, a su izquierda, eran hombres rudos. Tostados ambos por el sol, tenían las manos con que sujetaban las cartas llenas de

callosidades y las camisas de lino descoloridas. Los pantalones de algodón colgaban holgadamente sobre sus figuras enjutas pero musculosas. Ninguno de los dos llevaba botas, ni sandalias; iban descalzos pese al relente nocturno, señal segura de que eran marineros a la espera de un nuevo destino. Tales hombres acostumbraban a perder rápidamente su paga y estaban abocados de nuevo al mar, pero, por el modo en que llevaban apostando toda la noche, el soldado estaba seguro de que trabajaban para el hombre sentado a su derecha.

Aquel hombre permanecía sentado pacientemente, esperando a ver si el soldado veía su apuesta o dejaba sus cartas, renunciando así a la ocasión de pedir tres nuevos naipes. El soldado había visto muchas veces antes a otros como él: hijos de mercaderes ricos, o segundones de algún noble de poca monta, con mucho tiempo en las manos y pocas luces. Iba elegantemente vestido, a la última moda entre la juventud de Krondor, con calzas cortas remetidas en las medias, de modo que las perneras de los pantalones se abullonaban por encima de la pantorrilla. Llevaba la sencilla camisa blanca recamada con perlas y piedras semipreciosas, y la chaqueta, acuchillada según el estilo en boga, era de un amarillo más bien chabacano, con brocado blanco y plata en cuello y puños. Era el típico dandi. Y por el aspecto de la *Slamanca rodesia* que colgaba del holgado tahalí de su hombro, era también un sujeto de cuidado. Aquella espada solo la usaba un maestro o alguien que buscara una muerte rápida: en manos de un experto, era un arma temible; en manos de un novato, equivalía a un suicidio.

Aquel hombre probablemente había perdido grandes sumas de dinero antes y buscaba ahora compensar sus pérdidas haciendo trampas a las cartas. Un marinero o el otro ganaban de cuando en cuando una mano, pero el soldado estaba seguro de que estaba todo planeado para evitar que las sospechas recayeran sobre el joven dandi. El soldado suspiró, como si le preocupara qué escoger. Los otros dos jugadores aguardaban pacientemente a que hiciera su jugada.

Eran hermanos gemelos, altos (metro ochenta y siete, calculaba el soldado) y de apariencia atlética. Se habían sentado a la mesa armados con floretes, arma que, de nuevo, solo habría elegido un experto o un imbécil. Desde la llegada del príncipe Arutha al trono de Krondor veinte años atrás, el florete se había convertido en el arma predilecta de quienes iban armados más por cuestión de moda que de supervivencia. Aquellos dos, sin embargo, no parecían de los que llevaban armas como quien llevaba una fruslería decorativa. Vestían como mercena-

rios corrientes que, a juzgar por su aspecto, acababan de llegar con una caravana. El polvo se adhería aún a sus túnicas y a sus chalecos de cuero, y su cabello, marrón rojizo, estaba ligeramente enmarañado. Los dos necesitaban afeitarse. Sin embargo, y a pesar de su atuendo corriente y desaseado, no había nada que pareciera descuidado en su armadura y sus armas; quizá no se pararan a bañarse tras pasar semanas en una caravana, pero pasarían una hora engrasando sus cueros y lustrando su acero. Parecían auténticos mercenarios, de no ser por una impresión de vaga familiaridad que suscitaba un leve malestar en el soldado: hablaban ambos no con la tosquedad común a los mercenarios, sino más bien con la educada delicadeza de aquellos acostumbrados a pasar su vida en la corte, no luchando contra bandidos. Y eran jóvenes, poco más que unos críos.

Los hermanos habían comenzado la partida con alborozo, pidiendo jarra tras jarra de cerveza y dejando que las pérdidas les regocijaran tanto como las ganancias, pero ahora que las apuestas habían subido, se habían puesto sombríos. De vez en cuando se miraban, y el soldado estaba seguro de que se comunicaban en silencio, como a menudo hacían los gemelos.

El soldado meneó la cabeza.

—Yo no voy. —Arrojó sus cartas, una de las cuales se volteó completamente un instante antes de caer sobre la mesa—. Dentro de una hora entro de servicio; será mejor que vuelva al cuartel.

Sabía, en realidad, que la pelea era inminente y que, si seguía allí cuando empezara, no llegaría al paso de revista. Y el sargento de guardia no era hombre dado a tomarse a bien las excusas.

Los ojos del dandi se volvieron hacia el primero de los dos hermanos.

—¿Tú vas?

Al llegar a la puerta de la hostería, el soldado reparó en dos hombres que permanecían de pie, en silencio, en el rincón. Iban envueltos en grandes mantos, las caras oscurecidas levemente por la sombra de sus capuchas, pese a que la noche era calurosa. Fingían observar tranquilamente la partida, pero no perdían detalle de lo que sucedía en la hostería. Al soldado también le resultaron familiares, pero no logró situarlos. Y había algo en su actitud, como si estuvieran listos para ponerse en acción de un salto, que reafirmó su determinación de llegar temprano al cuartel de la ciudad. Abrió la puerta de la hostería, la cruzó y la cerró tras él.

El hombre más cercano a la puerta se volvió hacia su compañero, la cara solo en parte iluminada por la luz de la lámpara del techo.

—Será mejor que salgas. Esto está a punto de estallar.

Su compañero asintió con una inclinación de cabeza. En los veinte años que hacía que eran amigos había aprendido a no dudar nunca del don de su compañero para presentir los problemas en la ciudad. Cruzó rápidamente la puerta detrás del soldado.

En la mesa, la ronda de apuestas llegó al primero de los dos hermanos. Hizo este una mueca, como si estuviera perplejo por la partida de naipes. El dandi dijo:

—¿Te quedas o te vas?

—Bueno —contestó el joven—, es una pregunta difícil. —Miró a su hermano—. Erland, yo juraría por Astalón el Juez que he visto volar una dama azul cuando ese soldado renunció a su mano.

—¿Y qué tiene eso de malo, Borric? —repuso su hermano con una sonrisa torcida.

—Que yo también tengo una dama azul.

Los hombres comenzaron a apartarse de la mesa cuando el tono de la conversación cambió. No se acostumbraba a hablar de las cartas que uno tenía.

—Sigo sin ver qué hay de malo en ello —observó Erland—. Hay dos damas azules en la baraja.

Con una sonrisa maliciosa, Borric dijo:

—Pero, verás, aquí nuestro amigo —señaló al dandi— también tiene una dama azul metida en la manga, aunque no lo bastante dentro.

Al instante la sala comenzó a bullir mientras los hombres ponían tanta distancia como era posible entre ellos y los combatientes. Borric se levantó de un salto, agarró el borde de la mesa y la volcó, obligando a retroceder al dandi y a sus secuaces. Erland sacó su florete y una daga larga, al tiempo que el dandi sacaba su *slamanca*.

Uno de los marineros trastabilló y cayó hacia delante. Mientras trataba de levantarse, su mentón topó con la puntera de la bota de Borric. Se desplomó, hecho un ovillo, a los pies del joven mercenario. El dandi se abalanzó hacia delante, lanzando un furioso mandoble a la cabeza de Erland. Este lo detuvo hábilmente con la daga y devolvió un golpe feroz que su oponente apenas logró esquivar.

Ambos sabían que se enfrentaban a un oponente de cuidado. El posadero daba vueltas por la habitación, armado con un grueso garrote con el que amenazaba a cualquiera que se atreviera a unirse a la refriega. Cuando se acercaba a la puerta, el encapuchado se adelantó con sorpren-

dente velocidad y lo agarró de la muñeca. Habló brevemente y el rostro del posadero palideció. El dueño de la hostería asintió enérgicamente con la cabeza una sola vez y salió por la puerta a toda prisa.

Borric despachó sin dificultades al segundo marinero y al volverse descubrió a Erland enzarzado en una lucha cuerpo a cuerpo con el dandi.

—¡Erland! ¿Quieres que te eche una mano?

Erland gritó:

—Creo que no. Además, tú siempre dices que necesito práctica.

—Cierto —respondió su hermano con una sonrisa—. Pero no dejes que te mate. Tendría que vengarte.

El dandi intentó un ataque combinado: un mandoble alto, uno bajo y luego una serie de tajos por arriba. Erland se vio obligado a retroceder. En la noche se oía el sonido de los silbatos.

—Erland —dijo Borric.

—¿Qué? —contestó su apurado hermano gemelo mientras esquivaba otro ataque combinado ejecutado con maestría.

—Viene la guardia. Será mejor que lo mates pronto.

—Eso intento —respondió Erland—, pero no se deja. —Mientras hablaba, pisó con el tacón de la bota un charco de cerveza derramada y resbaló. De pronto cayó hacia atrás, indefenso.

Borric se movió en el mismo instante en que el dandi se abalanzaba hacia su hermano. Erland rodó por el suelo, pero la espada del dandi golpeó su costado. Un dolor agudo recorrió sus costillas. Al inclinarse hacia delante el hombre había dejado abierto su costado izquierdo al contragolpe. Sentado en el suelo, Erland levantó su florete, hundiéndoselo en el estómago. El dandi se puso rígido y dejó escapar un gemido al tiempo que una mancha roja comenzaba a extenderse sobre su túnica amarilla. Entonces Borric lo golpeó desde atrás, usando la empuñadura de su espada para dejarlo inconsciente.

Desde el exterior les llegó el ruido de los hombres que se acercaban a la carrera. Borric dijo mientras ofrecía la mano a su hermano:

—Será mejor que salgamos de aquí. Padre ya va a enfadarse bastante con nosotros sin necesidad de que una pelea...

Erland hizo una mueca, dolorido.

—No hacía falta que le golpearas —interrumpió a su hermano—. Creo que lo habría matado enseguida.

—O él a ti. Y no me habría gustado enfrentarme a nuestro padre si hubiera dejado que eso ocurriera. Además, no lo habrías matado. No tienes instinto. Habrías intentado desarmarlo o algo igual de noble...

—comentó Borric mientras tomaba aliento con un ligero gemido— y de estúpido. Ahora, salgamos de aquí.

Erland se agarró el costado herido mientras se dirigían hacia la puerta. Varios matones, al ver sangre en su costado, se apresuraron a cortarles el paso. Borric y Erland les apuntaron con sus espadas. Borric dijo:

—Mantente en guardia un momento. —Cogió una silla y la arrojó contra el ventanal que daba al bulevar. Una lluvia de cristal y plomo regó la calle y antes de que el tintineo de los pedazos al caer sobre el empedrado se apagara, los hermanos saltaron por lo que quedaba de la ventana. Erland se tambaleó y Borric tuvo que agarrarlo del brazo para impedir que se cayera.

Al erguirse notaron que se hallaban frente a unos caballos. Dos de los matones más osados saltaron por la ventana tras ellos. Borric golpeó a uno en la cabeza con la empuñadura de su espada mientras el otro se paraba en seco, apuntado por tres ballestas. En fila ante la puerta se hallaba la pequeña compañía de diez guardias fornidos y armados hasta los dientes conocida vulgarmente como «el pelotón de asalto». Pero lo que dejó boquiabiertos de asombro a la media docena de parroquianos del Estibador Dormido fue la visión de treinta jinetes tras el pelotón de asalto. Lucían la cota de Krondor y la insignia de la Guardia de la Casa Real del príncipe de Krondor. Desde dentro de la hostería, alguien salió de su asombro y gritó:

—¡La guardia real! —Y comenzó entonces una huida general por la puerta trasera de la taberna al tiempo que los asombrados de la ventana desaparecían.

Los dos hermanos miraban a los jinetes, todos ellos armados y dispuestos por si acaso surgían problemas. A su cabeza cabalgaba un hombre al que los dos jóvenes mercenarios conocían bien.

—Ah... Buenas noches, mi señor —dijo Borric, y una sonrisa se extendió lentamente por su rostro. El jefe del pelotón de asalto, al no ver a nadie más, se adelantó para hacerse cargo de los dos jóvenes.

El capitán de la Guardia Real le indicó que se apartara.

—Esto no te concierne, guardia. Tus hombres y tú podéis iros. —El jefe de los guardias hizo una leve reverencia y condujo a sus hombres de vuelta a su cuartel en el corazón del Barrio Pobre.

Erland hizo una pequeña mueca al decir:

—Barón Locklear, qué gran placer.

El barón Locklear, caballero-mariscal de Krondor, sonrió sin ganas.

—Estoy seguro de que así es. —Pese a su rango, parecía apenas un año o dos mayor que los jóvenes, aunque les sacaba casi dieciséis años. Tenía el cabello rubio y rizado y unos enormes ojos azules que en ese instante observaban entornados a los gemelos con evidente desaprobación.

—Y supongo que eso significa que el barón James... —dijo Borric.

Locklear hizo un gesto.

—Está detrás de ti.

Los hermanos se volvieron y vieron al hombre del manto enmarcado por la puerta. Al echar hacia atrás su caperuza, dejó al descubierto un rostro todavía un tanto juvenil, pese a sus treinta y siete años de edad, y a que su pelo castaño y ensortijado estaba ligeramente salpicado de gris. Era aquella una cara que los hermanos conocían bien, pues aquel hombre había sido uno de sus maestros desde su niñez y, además, uno de sus amigos más íntimos. Miró a los hermanos con enojo mal disimulado y dijo:

—Vuestro padre os ordenó que volvierais derechos a casa. Recibí informes de vuestro paradero desde el momento en que salisteis de Highcastle hasta que cruzasteis las puertas de la ciudad... ¡hace dos días!

Los gemelos procuraron disimular su contento por haber sido capaces de burlar a sus reales escoltas, pero fracasaron.

—Ignorad por un momento el hecho de que vuestros padres habían reunido formalmente a la corte para daros la bienvenida a casa. ¡Olvidad que estuvieron esperando tres horas! El que vuestro padre insistiera en que el barón Locklear y yo peinásemos toda la ciudad durante dos días buscándoos carece de importancia. —Observó a los dos jóvenes—. Pero confío en que recordéis esos pequeños detalles cuando vuestro padre tenga unas palabras con vosotros mañana, después del tribunal.

Les llevaron dos caballos y un soldado les alcanzó respetuosamente las riendas. Al ver la sangre que corría por el costado de Erland, un teniente de la guardia acercó su montura y dijo con burlona simpatía:

—¿Necesita ayuda su alteza?

Erland pisó como pudo el estribo y se encaramó a la silla sin ayuda. En tono irritado, respondió:

—Solo cuando vea a mi padre, primo Willy, y no creo que entonces puedas hacer mucho por mí.

El teniente William asintió con la cabeza y murmuró hoscamente:

—Dijo que volvierais a casa enseguida, Erland.

Erland asintió, resignado.

—Solo queríamos relajarnos uno o dos días antes de...

William no pudo evitar reírse del aprieto en que se hallaban sus primos. Había visto como a menudo hacían recaer la desgracia sobre sí mismos, como atraían el desastre frecuentemente, y no lograba entender su apetito de tal castigo. Dijo:

—Quizá podríais huir a la frontera. Me sentiría muy estúpido siguiéndoos.

Erland meneó la cabeza.

—Creo que desearé haber aceptado tu propuesta después del tribunal de mañana.

William se rió de nuevo.

—Vamos, esta reprimenda no será mucho peor que muchas otras que ya os han echado.

El barón James, canciller de Krondor y ayudante primero del duque de Krondor, montó rápidamente sobre su caballo.

—A palacio —ordenó, y la compañía dio media vuelta para escoltar a los príncipes gemelos, Borric y Erland, al palacio.

Arutha, príncipe de Krondor, caballero-mariscal de la Región Occidental y heredero real al trono del reino de las Islas, atendía en silencio a los negocios del tribunal real que se desarrollaba ante él. Había sido un hombre esbelto en su juventud y no había ganado la corpulencia comúnmente asociada a la madurez, sino que, por el contrario, se había hecho más duro, más anguloso de rasgos y había perdido la escasa suavidad que la juventud prestaba a su larguirucha apariencia. Su cabello seguía siendo oscuro, aunque los veinte años que llevaba gobernando Krondor y el oeste lo habían salpicado de gris. Sus reflejos se habían ralentizado solo levemente con los años, y todavía se le consideraba uno de los mejores espadachines del reino, a pesar de que rara vez tenía motivos para ejercitar su habilidad con el florete. Sus ojos, de color castaño oscuro, estaban entornados en un gesto de concentración, y nada, en opinión de muchos de quienes servían al príncipe, parecía escapar a su mirada. Pensativo, incluso taciturno a veces, Arutha era un brillante caudillo militar. Se había ganado por derecho su reputación durante los nueve años de la guerra de la Fractura, que había terminado el año anterior al nacimiento de los gemelos, tras tomar el mando de la guarnición de Crydee, el castillo de su familia, cuando era apenas unos meses mayor de lo que eran ahora sus hijos.

Era considerado un gobernante duro, pero justo; rápido a la hora de dispensar justicia cuando el delito lo justificaba, aunque dado a actos de clemencia por influencia de su esposa, la princesa Anita. Y esa relación, más que cualquier otra cosa, simbolizaba el gobierno de la Región Occidental: una justicia dura, lógica, imparcial, atemperada por la piedad. Aunque muy pocos cantaban abiertamente sus alabanzas, Arutha era honrado y respetado, y su esposa contaba con el cariño de sus súbditos.

Anita permanecía sentada en silencio sobre su trono, sus ojos verdes perdidos en el infinito. Su porte regio ocultaba la preocupación por sus hijos a ojos de todos, excepto de aquellos que la conocían más íntimamente. El hecho de que su esposo hubiera ordenado que los muchachos fueran llevados al gran salón por la mañana, a la hora del tribunal, en lugar de a los aposentos privados de sus padres la noche anterior, demostraba más que cualquier otra cosa el enojo de Arutha. Anita se obligaba a prestar atención al discurso de un miembro del gremio de tejedores; era también su deber mostrar a quienes acudían ante el tribunal de su marido la deferencia de escuchar cada petición o cada súplica. En el tribunal de la mañana no solía ser precisa la presencia de los demás miembros de la familia real, pero desde que los gemelos habían vuelto de su servicio en la frontera, en Highcastle, el tribunal se había convertido en una reunión familiar.

La princesa Elena se hallaba de pie junto a su madre. Parecía, por su apariencia, un compromiso equitativo entre sus padres: tenía el cabello castaño rojizo y la tez clara de su madre, y los ojos oscuros e inteligentes de su padre. Quienes conocían bien a la familia real comentaban a menudo que si Borric y Erland se parecían a su tío, el rey, Elena se parecía a su tía, la baronesa Carline de Salador. Y Arutha había comentado en más de una ocasión que su hija poseía el afamado temperamento de Carline.

El príncipe Nicholas, el menor de los hijos de Arutha y Anita, se había escondido de la vista de su padre, eludiendo así la obligación de quedarse junto a su hermana. Se hallaba de pie tras el trono de su madre, fuera del alcance de la mirada paterna, en el primer escalón de la tarima. La puerta de los aposentos reales estaba oculta a ojos de quienes se hallaban en la sala, tres escalones más abajo, donde, en años pasados, los cuatro niños habían jugado a acurrucarse juntos en el primer peldaño y escuchar a su padre presidir el tribunal, disfrutando de la deliciosa sensación de espiar sus palabras. Nicky aguardaba la llegada de sus dos hermanos.

Anita miró a su alrededor con esa súbita intuición que tenían las madres cuando uno de sus hijos estaba donde no debía. Vio a Nicholas

esperando junto a la puerta y le indicó que se acercara. Nicky idolatraba a Borric y Erland, pese a que ellos le dedicaban poco tiempo y se burlaban de él constantemente. Sencillamente no encontraban gran cosa en común con su hermano menor, puesto que era este doce años más joven.

El príncipe Nicholas subió renqueando los tres anchos escalones y se acercó a su madre y, como sucedía cada día desde su nacimiento, a Anita se le rompió el corazón. El chico tenía un pie deforme y ni los cuidados de los cirujanos ni los ensalmos de los sacerdotes habían surtido efecto alguno, excepto el de permitirle caminar. Remiso a exponer al bebé deforme al escrutinio público, Arutha había ignorado la costumbre y se había negado a mostrar al niño en la Presentación, la fiesta en honor de la primera aparición pública de un retoño de la familia real, una tradición que tal vez se hubiera extinguido con el nacimiento de Nicholas.

Nicky se volvió al oír que la puerta se abría, y Erland se asomó por ella. El joven príncipe sonrió a sus hermanos cuando estos cruzaron precavidamente la puerta. Nicky bajó cojeando los tres escalones para salirles al paso y les abrazó. Erland hizo una mueca visible y Borric dio al chico una palmada distraída en el hombro.

Nicky siguió a los gemelos cuando subieron lentamente la escalinata de detrás de los tronos y se detuvieron tras su hermana. Esta miró por encima del hombro el tiempo justo para sacar la lengua y bizquear, haciendo que los tres hermanos tuvieran que contener la risa. Sabían que ninguna otra persona en la sala podía ver su fugaz pantomima. Los gemelos atormentaban desde hacía mucho tiempo a su hermana pequeña, que replicaba tan bien como podía. A Elena le importaría bien poco ponerles en ridículo en el tribunal del mismísimo rey.

Arutha, que había sentido un cambio entre sus hijos, miró hacia allí y obsequió a sus cuatro vástagos con una ojeada rápida y ceñuda que bastó para acallar cualquier brote de alegría. Su mirada se detuvo en sus hijos mayores y mostró su enfado en toda su extensión, aunque solo los más cercanos a él se habrían percatado de ello. Volvió luego a fijar su atención en el asunto que se dirimía ante el tribunal. Un noble de poca importancia estaba siendo ascendido a un nuevo puesto y aunque quizás a los cuatro infantes aquel puesto no les pareciera gran cosa, el hombre contaría aquello entre los momentos culminantes de su existencia. Arutha había intentado inculcar a sus hijos aquella noción a lo largo de los años, pero había fracasado constantemente.

Supervisando el tribunal del príncipe se hallaba lord Gardan, duque de Krondor. El viejo soldado había servido con Arutha, y su padre antes que

él, más de treinta años. Su tez oscura contrastaba vivamente con su barba, de color casi blanco, pero tenía aún los ojos atentos de un hombre cuya mente no ha perdido nada de su agudeza y una sonrisa presta para los infantes. Plebeyo por nacimiento, Gardan había ascendido gracias a sus capacidades y pese a que a menudo expresaba el deseo de retirarse y de regresar a su hogar en el lejano Crydee, había permanecido al servicio de Arutha, primero como sargento de la guarnición de Crydee, luego como capitán de la Casa Real del príncipe y después como caballero-mariscal de Krondor. Cuando el anterior duque de Krondor, lord Volney, había muerto inesperadamente tras siete años de leal servicio en el desempeño de su oficio, Arutha había otorgado su puesto a Gardan como galardón. Pese a las protestas del viejo soldado de no estar hecho para la nobleza, había demostrado ser un administrador capaz, así como un soldado lleno de talento.

Gardan acabó de recitar el nuevo rango y los privilegios de aquel hombre y Arutha le entregó un enorme pergamino, repujado con cintas y sellos. El hombre tomó la cédula de su oficio y se retiró entre el gentío, entre las felicitaciones, pronunciadas en voz baja, de otros presentes en el tribunal.

Gardan hizo un gesto con la cabeza a Jerome, el maestro de ceremonias, y aquel hombre enjuto se irguió en toda su estatura. En otro tiempo rival de juventud del barón James, aquel oficio convenía al engreimiento de su carácter. Era, según decían todos, un auténtico pelmazo, y su preocupación por las cosas más insignificantes le hacía el más propio para el puesto. Su amor por el detalle se manifestaba en las exquisitas puntadas del manto que usaba en el desempeño de su oficio y en la perilla puntiaguda que pasaba horas recortando. En tono pomposo dijo:

—Si place a su alteza, Su Excelencia lord Torum Sie, embajador de la Corte Real de Kesh la Grande.

El embajador, que había permanecido a un lado, conferenciando con sus consejeros, se acercó a la tarima e hizo una reverencia. Por su aspecto, estaba claro que pertenecía al verdadero pueblo keshiano, pues llevaba la cabeza afeitada. Su gabán, de color escarlata y acuchillado, dejaba al descubierto unos pantalones amarillos y unas babuchas blancas. Llevaba el pecho desnudo, al estilo keshiano, y el cuello adornado con el largo collar de oro de su oficio. Cada una de las prendas de su indumentaria estaba delicadamente acabada con puntadas casi imperceptibles, y gemas y perlas diminutas decoraban cada costura. Aquello le hacía parecer

bañado en destellos titilantes cuando se movía. Era, quizá, la figura más espléndida de la corte.

—Alteza —dijo, su habla teñida por un leve acento cantarín—. Nuestra señora, Lakeisha, La que es Kesh, pregunta por la salud de sus altezas.

—Traslada nuestros más afectuosos saludos a la emperatriz —respondió Arutha—, y dile que estamos bien.

—Con sumo placer —repuso el embajador—. Ahora, he de rogar a su alteza una respuesta a la invitación enviada por mi señora. El setenta y cinco aniversario de Su Magnífico nacimiento es un acontecimiento de insuperable alegría para el imperio. Celebraremos un jubileo que se prolongará dos meses. ¿Se unirán sus majestades a nosotros?

El rey había enviado ya sus excusas, lo mismo que los gobernantes de todos los reinos vecinos, desde Queg a los Reinos Orientales. Aunque la paz entre el imperio y sus vecinos duraba ya más de lo que era habitual, habían pasado once años desde el último enfrentamiento fronterizo, ningún gobernante cometía la estupidez de franquear las fronteras de la nación más temida de Midkemia. Aquellas negativas se consideraban adecuadas. La invitación a los príncipes de Krondor era harina de otro costal.

La Región Occidental del reino de las Islas era casi una nación en sí misma, la responsabilidad de cuyo gobierno había recaído sobre el príncipe de Krondor. De la corte del rey en Rillanon solo procedían las directrices políticas más amplias. Y era Arutha quien, no pocas veces, había tratado con los embajadores de Kesh, pues la mayor parte de los posibles conflictos entre Kesh y el reino se daban en la frontera sur de la Región Occidental.

Arutha miró a su esposa y luego al embajador.

—Lo lamentamos, pero la presión de nuestros deberes oficiales nos impide emprender tan largo viaje, excelencia.

La expresión del embajador no se alteró, pero una leve contracción alrededor de los ojos indicó que el keshiano consideraba la negativa casi un insulto.

—Es una lástima, alteza. Mi señora considera vital vuestra presencia. Digamos, un gesto de amistad y buena voluntad.

Aquel extraño comentario no pasó inadvertido a Arutha. Asintió con la cabeza.

—Aun así, nos consideraríamos cicateros en nuestra amistad y nuestra buena voluntad para con nuestros vecinos del sur si no mandáramos a

alguien en representación de la Casa Real de las Islas. —Los ojos del embajador se fijaron de inmediato en los gemelos—. El príncipe Borric, presunto heredero al trono de las Islas, será nuestro representante en el jubileo de la emperatriz, mi señor. —Borric, convertido de pronto en el centro de atención, se descubrió más erguido y sintió la inesperada necesidad de tirarse de la túnica—. Y su hermano, el príncipe Erland, lo acompañará.

Borric y Erland se miraron con sorpresa.

—¡Kesh! —susurró Erland con pasmo apenas contenido.

El embajador keshiano inclinó un instante la cabeza hacia los príncipes, admirado.

—Un gesto de respeto y amistad a la medida de las circunstancias, alteza. Mi señora quedará complacida.

La mirada de Arutha recorrió la estancia y se detuvo por un momento en un hombre que había al fondo; después, siguió adelante. Cuando el embajador keshiano se retiró, Arutha se levantó de su trono y dijo:

—Hoy tenemos muchos asuntos que tratar; el tribunal se reanudará mañana, a las diez en punto. —Ofreció la mano a su esposa, que la tomó mientras se levantaba. Al bajar de la tarima junto a la princesa, le susurró a Borric—: Tu hermano y tú, en mis aposentos, dentro de cinco minutos. —Los cuatros infantes hicieron una reverencia cuando pasaron sus padres y echaron luego a andar en procesión tras ellos.

Borric miró a Erland y encontró su propia curiosidad reflejada como en un espejo en el rostro de su hermano. Los gemelos esperaron a estar fuera de la sala, y entonces Erland se volvió y, agarrando a Elena, la abrazó con fuerza y la hizo girar con energía. Borric le dio un fuerte cachete en el trasero cuyo efecto suavizaron los pliegues de su vestido.

—¡Bestias! —exclamó Elena. Luego abrazó a uno y a otro—. Odio decirlo, pero me alegro de que hayáis vuelto. Esto ha estado espantosamente aburrido desde que os fuisteis.

Borric sonrió.

—No es eso lo que tengo entendido, hermanita.

Erland rodeó con el brazo el cuello de su hermana y susurró en tono de burlona complicidad:

—Me han dicho que dos escuderos del príncipe fueron sorprendidos riñendo hace un mes, y parece ser que la razón fue resolver cuál de ellos acompañaría a nuestra hermana al festival de Banapis.

Elena clavó en sus hermanos una mirada entornada.

—Yo no tuve nada que ver con que esos idiotas se pelearan. —Luego se animó—. Además, pasé el día con Thom, el hijo del barón Lowery.

Los dos hermanos rompieron a reír.

—Eso también lo hemos oído —dijo Borric—. ¡Tu reputación está llegando incluso a los barones de la frontera, hermanita! ¡Y todavía no tienes dieciséis años!

Elena se subió las faldas y pasó junto a sus hermanos.

—Bueno, tengo casi la edad que tenía nuestra madre cuando conoció a papá, y hablando de papá, si no os presentáis en su despacho, asará vuestros hígados para desayunar. —Se adelantó una docena de pasos, se volvió en medio de un revuelo de sedas y de nuevo sacó la lengua a sus hermanos.

Ellos se rieron; luego Erland notó que Nicky se había detenido allí cerca.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

Borric miró exageradamente a su alrededor, por encima de la cabeza de Nicky.

—¿A qué te refieres? Yo no veo nada.

La expresión de Nicky se tornó angustiada.

—¡Borric! —exclamó, casi gimiendo.

Borric bajó la mirada.

—Vaya, pero si es... —Se volvió hacia su hermano—. ¿Qué es?

Erland rodeó lentamente a Nicky.

—No estoy seguro. Es demasiado pequeño para ser un duende y demasiado grande para ser un mono... aunque puede que sea un mono muy alto.

—No tiene la espalda lo bastante ancha para ser un enano y va muy bien vestido para ser un mendigo...

El rostro de Nicky se nubló. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—¡Lo prometisteis! —dijo, y la voz se le atascó en la garganta. Levantó los ojos hacia sus hermanos, que le sonreían, y luego, con lágrimas en las mejillas, dio a Borric una patada en la espinilla, se volvió y echó a correr por el pasillo, seguido por el sonido de sus sollozos, sin que su paso, entre cojo y bamboleante, le estorbara.

Borric se frotó la espinilla dolorida.

—¡Au! El chaval sabe dar patadas. —Miró a Erland—. ¿Qué fue lo que prometimos?

Erland elevó los ojos al cielo.

—No volver a burlarnos de él. —Exhaló un suspiro—. Otra ronda de sermones. Seguro que va a decírselo a mamá y ella hablará con nuestro padre y...

Borric hizo una mueca.

—Y tendremos otra ronda de sermones.

Luego dijeron los dos a una:

—¡Padre! —Y echaron a correr hacia los aposentos privados de Arutha. El guardia apostado a la entrada, al verlos acercarse, les abrió las puertas.

Una vez dentro, los gemelos encontraron a su padre sentado en su sillón favorito, un mueble de madera y cuero, ya viejo, pero que él prefería a cualquiera de los muchos otros que había en la espaciosa sala de reuniones. De pie, un poco a su izquierda, estaban los barones James y Locklear. Arutha dijo:

—Pasad los dos.

Los gemelos se detuvieron ante su padre; Erland se movía con cierta torpeza, como si su costado herido se hubiera puesto rígido de la noche a la mañana.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Arutha.

Sus hijos sonrieron débilmente. Había pocas cosas que su padre pasara por alto. Borric dijo:

—Intentó un golpe y una arremetida a la contra cuando debería haber parado el lance en seis. El otro tipo se metió en su guardia.

La voz de Arutha era fría.

—Peleándoos otra vez. Debí imaginarlo, como obviamente hizo el barón James. —Dirigiéndose a James añadió—: ¿Algún muerto?

—No —contestó el barón—, pero faltó poco para que muriera el hijo de uno de los armadores más influyentes de la ciudad.

La ira de Arutha creció mientras se levantaba lentamente de su sillón. Hombre capaz de mantener a raya sus emociones, era raro ver aquello y, para quienes lo conocían bien, era también temible. Se detuvo ante los gemelos y por un instante pareció que iba a golpearles. Miró a ambos a los ojos. Mientras intentaba dominarse dijo escupiéndolo cada palabra:

—¿En qué demonios estabais pensando?

Erland dijo:

—Fue en defensa propia, padre. Ese tipo intentaba ensartarme en su brocheta.

—Estaba haciendo trampas —terció Borric—. Llevaba una dama azul escondida en la manga.

Arutha casi escupía al decir:

—Me trae sin cuidado que tuviera una baraja entera escondida en la manga. ¡No sois soldados corrientes, maldita sea! ¡Sois mis hijos!

Arutha les rodeó como si inspeccionara unos caballos o pasara revista a sus tropas. Los jóvenes soportaron su escrutinio, conscientes de que el humor de su padre no toleraba insolencias.

Al fin, Arutha levantó las manos con gesto resignado y dijo:

—Estos no son mis hijos. —Pasó junto a los gemelos y se detuvo junto a los dos barones—. Tienen que ser hijos de Lyam —dijo, invocando el nombre del rey. El hermano de Arutha había sido famoso en su juventud por su temperamento pendenciero—. Anita se casó conmigo, pero engendró de algún modo a los hijos del rey, esos dos rufianes. —James solo pudo asentir con la cabeza—. Ha de ser algún plan divino que no llevo a entender.

Fijando de nuevo su atención en sus hijos, añadió:

—Si vuestro abuelo estuviera vivo, os pondría encima de un barril con una tira de cuero en la mano, por grandes o altos que fuerais. Habéis vuelto a portaros como críos y deberíais ser tratados como tales.

Alzó la voz mientras caminaba ante ellos.

—¡Os envié orden de que regresarais a casa enseguida! Pero ¿obedecéis? ¡No! En lugar de venir directamente a palacio, desaparecéis en el Barrio Pobre. Dos días después, el barón James os encuentra peleándoos en una taberna. —Hizo una pausa y luego, casi gritando, exclamó—: ¡Podrían haberos matado!

Borric hizo intento de bromear.

—Solo si ese lance...

—¡Ya basta! —gritó Arutha, tan enfadado que le era imposible dominarse. Agarró la túnica de Borric y tiró de su hijo, haciéndole perder el equilibrio—. ¡No vas a ponerle fin a esto con una sonrisa y una broma! Es la última vez que me desafías. —Subrayó sus palabras con un empujón que arrojó a Borric, tambaleándose, contra su hermano. La actitud de Arutha demostraba que no tenía paciencia para las bobadas de su hijo, de las que solía hacer caso omiso—. No os mandé llamar porque la corte echara de menos vuestros líos. Creo que un año o dos más en la frontera podrían haberos hecho sentar la cabeza un poco, pero no me queda otra opción. Tenéis deberes principescos y se os necesita ahora.

Borric y Erland se miraron. Conocían bien el mal genio de Arutha y habían sufrido otras veces su ira, que solía ser justificada, pero estaba vez sucedía algo serio.

—Lo sentimos, padre —dijo Borric—. No sabíamos que nos habías mandado llamar por un asunto relacionado con nuestros deberes.

—¡No se espera de vosotros que sepáis nada, se espera que obedezcáis! —replicó su padre. Evidentemente harto de la conversación, agregó—: He acabado con vosotros por ahora. Tengo que prepararme para hablar en privado con el embajador keshiano esta tarde. El barón James proseguirá esta conversación de mi parte. —Se detuvo en la puerta y dijo a James—: ¡Haz lo que tengas que hacer! Pero quiero que estos bribones estén impresionados por la gravedad de la situación cuando hable con ellos esta tarde. —Cerró la puerta sin aguardar respuesta.

James y Locklear se situaron cada uno a un lado de los príncipes y James dijo:

—Si sus altezas tienen la amabilidad de seguarnos...

Borric y Erland miraron a sus tutores y «tíos» y se miraron luego el uno al otro. Ambos intuían qué iba a ocurrir. Su padre nunca había pegado a sus hijos, ni con la mano ni con la correa, para profundo alivio de su esposa, pero eso no impedía que, cuando los muchachos se portaban mal, que era casi todo el tiempo, hubiera «ejercicios de lucha».

El teniente William, que esperaba fuera, echó a andar en silencio junto a los gemelos y los barones por el pasillo. Se apresuró a abrir la puerta que daba al gimnasio del príncipe Arutha, una espaciosa estancia donde la familia real podía ejercitar sus habilidades con la espada, la daga o el combate cuerpo a cuerpo.

El barón James abría la marcha por el pasillo. Al llegar a la puerta del gimnasio, William volvió a abrir la puerta, pues, aunque era primo segundo de los gemelos, en presencia de los nobles seguía siendo un simple soldado. Borric entró primero en la habitación, seguido por Erland y James, con Locklear y William a la zaga.

En el interior de la sala, Borric se volvió ágilmente y comenzó a recular, con las manos levantadas como un boxeador mientras decía:

—Ahora somos mucho mayores y más grandes, tío Jimmy. Y no vas a darme un puñetazo detrás de la oreja como hiciste la última vez.

Erland se inclinó hacia la izquierda, agarrándose exageradamente el costado, y de pronto comenzó a cojear.

—Y también somos más rápidos, tío Locky. —Sin previo aviso, lanzó un codazo a la cabeza de Locklear. El barón, un curtido soldado con casi veinte años de oficio, se hizo a un lado, dejando que Erland perdiera el equilibrio. Le hizo girar luego en círculo, asiéndolo de un brazo, y lo empujó hacia el centro del gimnasio.

Los barones se mantuvieron a distancia mientras los hermanos se aprestaban para la lucha con los puños en alto. Con una sonrisa burlona, James levantó las manos con las palmas hacia fuera y dijo:

—Sois demasiado jóvenes y rápidos para nosotros, sí. —Los muchachos advirtieron su tono sarcástico—. Pero, como nosotros sí tenemos que mantenernos con la cabeza despejada durante los próximos días, se nos ha ocurrido privarnos del placer de ver cuánto habéis progresado estos dos últimos años. —Señaló con el pulgar hacia atrás, indicando un rincón apartado—. Es decir, personalmente.

Dos soldados, vestidos únicamente con calzas, aguardaban en el rincón. Tenían ambos sus enormes brazos cruzados sobre sus pechos de impresionante musculatura. El barón James les indicó que se acercaran. Mientras lo hacían, los chicos se miraron.

Los soldados se movían con la agilidad de un purasangre; eran flexibles, pero llenos de potencia. Parecían ambos labrados en piedra, y Borric murmuró:

—¡No son humanos! —Erland sonrió, pues ambos soldados tenían grandes quijadas que recordaban las mandíbulas prominentes de los trolls de las montañas.

—Estos caballeros son de la guarnición de vuestro tío Lyam —dijo Locklear—. La semana pasada hubo una exhibición de los campeones de boxeo del reino y les pedimos que se quedaran con nosotros unos días. —Los dos hombres comenzaron a apartarse el uno del otro, rodeando a los príncipes en direcciones opuestas.

—El rubio —dijo Jimmy— es el sargento Obregon, de la guarnición de Rodez...

—Ha vencido a todos los hombres de menos de noventa kilos —intervino Locklear—. Erland debería ser tu pupilo, Obregon; tiene el costado herido. Sé amable con él.

—...Y el otro —prosiguió Jimmy— es el sargento Palmer, de Bas-Tyra. Borric entornó los ojos mientras observaba acercarse al soldado.

—Déjame adivinar: ha ganado a todos los hombres por encima de noventa kilos.

—Sí —dijo el barón James con una sonrisa malévola.

Al instante, un puño llenó el campo de visión de Borric. Este intentó apartarse rápidamente, pero descubrió que otro puño se estrellaba contra un lado de su cabeza. Luego se puso a pensar quién había pintado los frescos del techo de la sala que su padre había convertido en gimnasio. Debía preguntárselo a alguien.

Mientras se sentaba lentamente, sacudiendo la cabeza, oyó decir a James:

—Vuestro padre quería que os hiciéramos entender la importancia de lo que afrontaréis mañana.

—¿Y qué es? —preguntó Borric, dejando que el sargento Palmer lo ayudara a levantarse. Pero el sargento no soltó su mano derecha, sino que la apretó con fuerza al tiempo que con la diestra golpeaba el estómago del príncipe. El teniente William hizo una mueca cuando Borric dejó escapar el aire de sus pulmones con un estallido y, cayendo al suelo una vez más, cruzó los ojos. Erland comenzó a apartarse cautelosamente del otro boxeador, que lo seguía por la habitación.

—Por si no lo habéis notado, vuestro tío el rey solo ha engendrado hijas desde que el joven príncipe Randolph murió.

Borric rechazó con un gesto la mano que le tendía el sargento Palmer y dijo:

—Gracias. Ya me levanto yo solo. —Al alzar una rodilla añadió—: No suelo pararme a pensar en la muerte de nuestro primo, pero soy consciente de que murió. —Luego, mientras empezaba a incorporarse, lanzó un golpe feroz al estómago del sargento Palmer.

El luchador, mayor y más recio, permaneció firme como una roca, se forzó a tomar aliento, sonrió luego con admiración y dijo:

—Buen golpe, alteza.

Borric levantó los ojos al cielo.

—Gracias. —Entonces otro puño llenó su visión y una vez más contempló la prodigiosa artesanía desplegada en el techo. ¿Por qué nunca antes se había tomado el tiempo de fijarse en ella?, se preguntaba.

Erland intentaba mantener las distancias entre él y el sargento Obregon, que iba acercándose. De pronto, el joven dejó de retroceder y atacó con un revuelo de golpes. El sargento, en lugar de dar marcha atrás, levantó los brazos delante de la cara y dejó que el joven le golpeará los brazos y los hombros.

—La falta de heredero de nuestro tío no es un hecho que nos sea desconocido, tío Jimmy —observó Erland cuando comenzaron a cansársele los brazos de aporrear inútilmente al musculoso sargento. Bruscamente, el sargento se arrimó a él y lanzó otro golpe al costado del muchacho. La cara de Erland perdió su color; sus ojos bizquearon y a continuación se desenfocaron.

Al ver su reacción, el sargento Obregon dijo:

—Perdón, alteza, pretendía golpearte en el costado sano.

La voz de Erland era apenas un susurro cuando contestó:

—Qué amable de tu parte.

Borric meneó la cabeza para despejarse, después rodó rápidamente hacia atrás y se puso en pie, listo para pelear.

—Entonces, ¿esta insistencia en la falta de un príncipe real en nuestra familia tiene algún objeto?

—Pues sí —contestó James—. Sin descendencia masculina, el príncipe de Krondor sigue siendo el heredero.

—El príncipe de Krondor siempre es el heredero real —repuso Erland con voz estrangulada.

—Y vuestro padre es el príncipe de Krondor —terció Locklear.

Ejecutando una ingeniosa finta con la zurda, Borric encajó la diestra en la mandíbula del sargento Palmer, que se tambaleó momentáneamente. Otro puñetazo al tronco y el boxeador comenzó a retroceder. Borric se confió y dio un paso adelante para asestar el golpe definitivo, y de pronto el mundo se volvió del revés.

La visión de Borric se tiñó de amarillo y luego de rojo durante largo rato y, mientras pendía de la nada, el suelo se elevó para golpearlo en la parte de atrás de la cabeza. Después, la oscuridad se agolpó en los márgenes de su visión y vio un círculo de caras que lo observaban desde lo alto de un pozo profundo. Parecían rostros amigables, y le pareció reconocerlos, pero no sentía ninguna necesidad de preocuparse por ello, pues estaba sumamente a gusto hundiéndose en la fresca penumbra del pozo. Mirando más allá de las caras, se preguntó distraídamente si alguna de aquellas personas sabría quién era el pintor de los frescos.

William levantó los ojos al cielo y vertió un pequeño cubo de agua sobre la cara de Borric. El mayor de los gemelos volvió en sí farfullando y escupiendo agua.

El barón James, apoyado sobre una rodilla, ayudó al príncipe a incorporarse.

—¿Todavía me sigues?

Borric sacudió la cabeza y sus ojos se enfocaron.

—Creo que sí —logró jadear.

—Bien. Porque, si tu padre sigue siendo heredero del trono, tú eres infante real. —Le dio una palmada en la parte de atrás de la cabeza para enfatizar lo que dijo a continuación—. Así que sigues siendo presunto heredero.

Borric se volvió para estudiar la cara de James. El joven príncipe seguía sin entender adónde quería ir a parar.

—¿Y?

—Y bien, mentecato, como es improbable que el bueno de nuestro rey, tu tío, tenga hijos varones en esta etapa de su vida, dada la edad de la reina, en caso de que Arutha le sobreviviera, él será el rey. —Alargó el brazo para ayudar a Borric a ponerse en pie y añadió—: Y si la diosa Fortuna así lo quiere... —dio una palmada juguetona a Borric a un lado de la cara— es casi seguro que tú sobrevivirás a tu padre, lo que significa que algún día serás rey.

—El cielo nos libre —terció Locklear.

Borric paseó la mirada por la habitación. Los dos sargentos se habían apartado al quedar olvidado aquel remedo de lección de boxeo.

—¿Rey?

—Sí, pedazo de alcornoque coronado —dijo Locklear—. Si todavía estamos vivos, tendremos que arrodillarnos ante ti y fingir que sabes lo que haces.

—Así que —prosiguió James— tu padre ha decidido que es hora de que dejes de comportarte como el niño mimado de un ganadero rico y empieces a actuar como el futuro rey de las Islas.

Erland se detuvo junto a su hermano y se apoyó ligeramente contra él.

—Entonces, ¿por qué no nos habéis dicho simplemente lo que está pasando? —Hizo una mueca al moverse del lado malo, forzando el costado herido.

James contestó:

—Convencí a vuestro padre de la necesidad de... abundar en la lección. —Observó a los dos príncipes—. Habéis sido educados y tutelados por los mejores instructores que podía emplear vuestro padre. Habláis... ¿cuántos? ¿Seis, siete idiomas? Sabéis sumar y calcular como ingenieros en un asedio. Podéis disertar sobre las enseñanzas de los antiguos. Tenéis habilidad para la música y la pintura, y conocéis el protocolo de la corte. Sois hábiles espadachines y... —miró a los dos boxeadores— alumnos aventajados en la lucha cuerpo a cuerpo. —Se apartó—. Pero en los diecinueve años transcurridos desde vuestro nacimiento no habéis mostrado ni un solo indicio de que seáis otra cosa que unos niños malcriados y engreídos. ¡No príncipes del reino! —Levantó la voz y su tono se volvió enojado—. Y cuando acabemos contigo, harás el papel de un príncipe de la Corona y no el de un niño mimado.

Borric estaba abatido.

—¿Un niño mimado?

El malestar de su hermano hizo sonreír a Erland.

—Bueno, entonces es eso, ¿no? Borric tendrá que enmendarse, y nuestro padre y tú seréis felices...

James volvió su sonrisa maliciosa hacia él.

—¡Igual que tú, querido mío! Porque, si este cretino cometiera la estupidez de hacerse rebanar el pescuezo por el marido iracundo de una dama de la corte de Kesh, serías tú quien algún día llevara la corona de conDoin en Rillanon. Y, aunque no sea así, seguirás siendo el heredero hasta que tu hermano sea padre, lo cual es improbable. Y aun así es muy posible que acabes siendo duque de alguna parte. —Bajando un poco la voz, agregó—: Así que los dos vais a empezar a aprender vuestro oficio.

Borric dijo:

—Sí, lo sé. Mañana a primera hora. Venga, vamos a descansar... —Borric bajó los ojos y descubrió que una mano sobre su pecho le impedía moverse.

—No tan deprisa —dijo James—. Vuestra lección no ha terminado.

—Vamos, tío Jimmy... —comenzó a decir Erland.

—Ya hemos captado el mensaje —dijo Borric, enfadado.

—Yo creo que no —respondió el barón—. Seguíis siendo un par de nenazas. —Volviéndose hacia los dos sargentos, dijo—: Continuad, por favor.

El barón James hizo una seña a Locklear para que lo acompañara y dejó a los dos jóvenes príncipes aprestándose para una paliza administrada con toda profesionalidad. Cuando los dos nobles abandonaban la sala, James se acercó al teniente William.

—Cuando hayan tenido suficiente, llévalos a sus aposentos. Déjales descansar y ocúpate de que coman; luego, asegúrate de que estén en pie y listos para ver a su alteza a media tarde.

William saludó y se volvió para ver a los príncipes caer de nuevo a la estera de lona. Meneó la cabeza. Aquello no iba a ser agradable de ver.